

Periodismo no es Comunicación, es mucho menos: por qué la Comunicación es virtud y construye democracias

Journalism is not Communication, it is much less: why Communication
is a virtue and builds democracies

Rafael Repiso



Rafael Repiso

Universidad de Granada, España

<https://orcid.org/0000-0002-2803-7505>

rafael.repiso@gmail.com

Cómo citar este artículo

Repiso, R. (2026). Periodismo no es Comunicación, es mucho menos: por qué la Comunicación es virtud y construye democracias. *Revista Panamericana de Comunicación*, 8(1), 3785. <https://doi.org/10.21555/rpc.v8i1.3785>

Recibido: 16 - 03 - 2026

Aceptado: 20 - 03 - 2026

Publicado en línea: 24-03-2026

En respuesta a:

Elías, C. (2025). Periodismo no es comunicación, es mucho más: por qué la palabra “comunicación” es perversa y destruye la democracia. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 31(4), 1095-1103. <https://doi.org/10.5209/esmp.105137>



Resumen

Este artículo ofrece una respuesta crítica al planteamiento de Carlos Elías, quien contrapone Periodismo y Comunicación al atribuir al primero una superioridad epistemológica y democrática frente a la segunda. Se sostiene que dicha dicotomía descansa en una concepción idealizada, selectiva y moralizante del periodismo, que omite su heterogeneidad práctica y sus vínculos estructurales con otras formas de mediación simbólica. Frente a ello, el texto defiende que el periodismo no constituye un espacio soberano, sino una subárea integrada en el campo más amplio de la Comunicación, del que hereda recursos, límites y condiciones de posibilidad. Asimismo, se argumenta que la narración, la ficción y la retórica no son elementos ajenos o corruptores, sino componentes inherentes a la producción periodística. Desde esta

perspectiva, la crisis contemporánea del periodismo no se interpreta como resultado de una supuesta perversión comunicativa, sino como consecuencia de la pérdida de su monopolio histórico sobre la mediación pública. Se concluye que la pluralización de actores, relatos y tecnologías no erosiona la democracia, sino que amplía sus posibilidades deliberativas y fortalece la disputa pública por el sentido.

Palabras clave: Discusión; Periodismo; Comunicación; Democracia, Mediación pública.

Abstract

This article offers a critical response to Carlos Elías's argument, which opposes Journalism and Communication by attributing epistemological and democratic superiority to the former over the latter. It argues that this dichotomy rests on an idealized, selective, and moralizing conception of journalism that overlooks its practical heterogeneity and its structural links with other forms of symbolic mediation. Against this view, the text contends that journalism is not a sovereign domain but a subfield integrated within the broader field of Communication, from which it inherits resources, limits, and conditions of possibility. It further maintains that narration, fiction, and rhetoric are not external or corrupting elements, but inherent components of journalistic production. From this perspective, the contemporary crisis of journalism should not be understood as the result of a supposed communicative perversion, but rather as a consequence of the loss of its historical monopoly over public mediation. The article concludes that the pluralization of actors, narratives, and technologies does not erode democracy, but instead broadens its deliberative possibilities and strengthens the public contestation of meaning.

Keywords: Discussion; Journalism; Communication; Democracy; Public mediation.

1. La épica del agravio y el mito de la pureza

He leído con admiración el texto de Carlos Elías. Admiración genuina, aunque no asentimiento. Tiene el brillo de las buenas *boutades*: provoca, entretiene, aguijonea y, por momentos, deslumbra. Pero también participa de una liturgia muy conocida: la del agravio identitario, la del pequeño reino que, sintiéndose amenazado, proclama su excepcionalidad y acusa a sus vecinos de todos sus males. No estamos ante un independentismo territorial, sino académico, la reclamación de la soberanía del Periodismo frente al área a la que pertenece, más vasta y viva, la Comunicación.

El gesto es reconocible. Cuando una disciplina entra en crisis, puede optar por el examen de conciencia o por la épica victimista. El precoz catedrático canario ha elegido lo segundo. En vez de preguntarse qué está fallando dentro del Periodismo, desplaza el conflicto hacia fuera y organiza un reparto moral del mundo. De un lado, el Periodismo, noble, veraz, sacrificial; del otro, la Comunicación, palabra impura, territorio de la degradación, la propaganda, la ficción y la mentira. Como en todo nacionalismo intelectual, la frontera no separa campos del saber, sino almas puras de almas contaminadas.

La operación tiene algo de entrañable y algo de peligroso. Primero, porque idealiza una patria inexistente. Segundo, porque necesita expulsar de ella todo aquello que estorba a su relato. Así, el Periodismo queda definido no por lo que es, sino por lo que el autor querría que fuese. Todo lo bueno le pertenece, aunque a veces venga de fuera. Todo lo malo queda desterrado, aunque sea constitutivo de su práctica cotidiana. El periodismo rosa, por ejemplo, desaparece como por arte de magia. Belén Esteban es arrojada fuera del paraíso, no porque no exista, sino



porque incomoda. Y, sin embargo, ahí está, más real que muchas abstracciones solemnes, más influyente en ciertos sectores que no pocas cabeceras, más presente en el deseo profesional de muchos estudiantes que las quimeras del periodismo heroico.

Porque convendría empezar por ahí. El Periodismo no es solo lo que sueñan sus teóricos más nobles, sino también lo que practican sus profesionales más ordinarios. Y en esa práctica cabe casi todo; desde la investigación rigurosa hasta el chisme, desde la cobertura parlamentaria hasta la crónica ciclista, desde el reportaje de guerra hasta la información de famosos. Y también cabe que el periodista investigue sobre otra subáreas de Comunicación. El problema del texto del Napoleón de las Hespérides no es que defienda el mejor Periodismo posible, sino que para hacerlo finge que el resto no existe. Construye una definición higiénica y selectiva, como quien limpia una casa escondiendo debajo de la alfombra todo aquello que la vuelve habitable, cuando el Periodismo, en una proporción bastante vasta, es mero entretenimiento. Como ejemplo, los periodistas han conseguido convertir los juegos de la infancia en noticias de adultos, y con ello infantilizar a generaciones enteras.

El molde argumental de la defensa de la profesión de periodista, además, busca ser venerable en exceso. Primero, el paraíso: Sócrates, la verdad, la pregunta incómoda, la democracia custodiada por una casta de inquisidores benévolos. Después, la caída: la perversión sobreviene desde fuera, desde la contaminación de la comunicación, desde la irrupción del relato, desde la promiscuidad con la ficción. Por último, la redención: si volvemos a creer, si purificamos la disciplina, si aceptamos el catecismo, el periodismo resucitará y volverá a reinar sobre la plaza pública. Es el viejo mito trietápico: edad de oro, decadencia, restauración. Más que teoría del Periodismo, parece teología de una profesión. Veremos cómo el periodismo se equipara con el profetismo mesiánico, intercesor único entre el pueblo y Dios, en este caso representado por la verdad. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).

Y para apuntalar esa teología, aparece Sócrates como primer periodista. La ocurrencia es simpática, aunque quizá se quede corta. Llevado el razonamiento un poco más lejos, el segundo periodista de la historia podría haber sido Jesucristo. Si el profesor Elías no dio ese paso es, sospecho, porque más adelante necesitaba cargar contra la Biblia, la iglesia y sus santos y conviene no mezclar demasiado pronto los altares. En cualquier caso, la broma revela el problema: cuando uno empieza a reclutar filósofos, mártires y santos para ennoblecer su disciplina, suele ser porque la realidad de esa disciplina ya no le basta. Al parecer, sólo el Periodismo y la Ciencia nos conducen a la verdad ¡quién fuera catedrático de Periodismo Científico para poder desplazarse sobre esos dos raíles! Sin embargo, se olvida una cosa; el primer catedrático lo fue de Comunicación, concretamente de Retórica, y además fue hispano: el calagurritano Quintiliano. De esta olvidada realidad nos enorgullecemos todos los académicos españoles del área, con la excepción de aquellos que provienen de territorios no romanizados.

2. Ficción, martirio y otros artificios morales

Otra de las grietas del texto es su relación con la ficción. Comienza amparándose en dos premios Nobel de Literatura, escritores descomunales cuya grandeza está ligada precisamente a su capacidad de fabular, y termina lanzando sospechas contra la ficción como si fuera el lodazal moral en el que se pudren las democracias. La contradicción no es menor. Se alaba a los novelistas cuando dan prestigio y se condena a la ficción cuando conviene fabricar un enemigo. Pero la ficción no es la negación automática de la verdad; de hecho, es otra dimensión. La mentira solo existe en pureza en el mundo de la realidad. El gran periodista Mario Vargas Llosa decía que la literatura era una representación falaz de la vida que, sin embargo, nos ayudaba a entenderla mejor. Por desgracia, hay mentiras que esclarecen y verdades que embrutece.

El periodista, además, necesita de la ficción mucho más de lo que estaría dispuesto a admitir. Necesita narrar, seleccionar, ordenar, dosificar, construir tensión, organizar escenas, trabajar



con arcos de expectativa, recortar personajes y conflictos. Necesita, en suma, del veneno de la narratología, pero, en cambio, parece que está bien visto insultar al boticario. Porque si la ficción fuera radicalmente indigna, el periodismo tendría que renunciar a casi todos los recursos que le permiten ser legible, memorable y eficaz. La retórica no desaparece porque uno invoque la verdad; solo se vuelve menos consciente de sí misma.

También recurre el texto a un argumento de martirologio: matan periodistas, luego el periodismo es superior. Pero el martirio nunca ha sido una prueba de verdad, solo de riesgo. Que una actividad suscite represalias brutales demuestra que puede resultar peligrosa para ciertos poderes, no que posea un monopolio moral del conocimiento. Si así fuera, habría que reorganizar toda la jerarquía de saberes y profesiones según el censo de sus víctimas. El momento glorioso de la Botánica fue con Linneo, cuando mandaba a sus discípulos a las periferias a buscar especímenes y a morir, mientras él aguardaba calentito en Upsala. En el mito del cristianismo primigenio se usa ese argumento para divinizarlo: nos persiguen, luego tenemos razón. El mito de San Sebastián, muerto asaeteado y atado en un palo, se cae cuando uno descubre que realmente murió ahogado en la Cloaca Máxima. El martirologio es un relato comprensible como estrategia de supervivencia, aunque resulta menos brillante como argumento epistemológico.

Sócrates no murió por periodista, sino por molesto. Y la molestia, por cierto, no es patrimonio de un gremio. La búsqueda de la verdad, el gesto de interrogar al poder, el deber de incomodar al consenso, no pertenecen en exclusiva al Periodismo. Son tareas de la Filosofía, de la Ciencia, del Arte, del pensamiento crítico y, en general, de cualquier ciudadano digno de la *polis*. Pretender que preguntar incómodamente define al Periodismo es como decir que respirar define a la Medicina, puede formar parte de su ejercicio, pero no agota su naturaleza. Por cierto, el principal método de diagnóstico en Medicina es hacer preguntas incómodas, la entrevista clínica, ¿serán periodistas? Es como validar el juicio sociológico que los taxistas madrileños le regalan a uno en sus trayectos simplemente porque hay muchos mártires en la profesión. Por cierto, la profesión con más asesinatos es la de taxista.

Se dice también que el poder protege a la ficción. No. El poder protege la ficción que le sirve y persigue la que le incomoda. La historia está llena de escritores, dramaturgos, humoristas o cineastas exiliados, censurados, encarcelados o asesinados. La ficción también tiene sus muertos, sus herejes, sus proscritos. Y, en ocasiones, ha dicho verdades más hondas que el periodismo apresurado de cada mañana. El verdadero escándalo de nuestro tiempo no es que la ficción invada el espacio público, sino que el propio periodismo produzca, legitime y difunda ficciones políticas al servicio del poder con una mezcla de inocencia profesional y superioridad moral que resulta, por momentos, conmovedora e hipócrita.

3. La pérdida del monopolio del relato

Pero permitámonos cinco minutos de honestidad profunda. El hondo problema del texto del discípulo de De Pablos no es la mentira, sino la pérdida de un privilegio. Lo que realmente lamenta no es la corrupción de la esfera pública, sino el derrumbe del monopolio periodístico de la mediación. Durante mucho tiempo, el periodista fue el narrador autorizado del mundo. Iba, veía, interpretaba y regresaba con el relato depurado para una audiencia inerme. El ciudadano no podía acceder a los hechos, ni verificar las fuentes, ni registrar por sí mismo lo ocurrido, mucho menos difundirlo masivamente. Dependía del mediador. Y todo sistema de mediación prolongado corre el riesgo de confundirse con un sacerdocio.

Ese mundo se ha roto. No del todo, pero sí de forma irreversible. Hoy un ciudadano con un teléfono puede grabar un acontecimiento, compartirlo al instante, multiplicar los ángulos, documentar una agresión, mostrar una manifestación, registrar una catástrofe o desacreditar una versión oficial antes de que el periodista haya terminado su primer párrafo. Y así lo estamos viendo. Eso no elimina la necesidad del periodismo. En todo caso elimina su monopolio de



acceso a lo visible. Y esta crisis tiene cifras. A partir de los años 70s, con la invención del *offset* los pingües beneficios de la industria periodística atrajeron a los grandes fondos de inversión, pero, desde la consolidación de internet, el sector ha perdido dos de cada tres puestos de trabajo (según Associated Press) y ese eco resuena en las facultades universitarias. Y tal vez ahí reside la herida que el texto intenta vendar con retórica de cruzada.

No necesito que un periodista me describa el clima emocional de una protesta si puedo verla. No necesito que me traduzca íntegramente la escena si tengo delante secuencias, sonidos, testimonios cruzados y material bruto. Otra cosa es que luego necesite contexto, comprobación, orden, criterio. Pero una cosa es necesitar mediación y otra muy distinta aceptar tutela. Lo que se ha quebrado no es la democracia, sino la cómoda asimetría sobre la que descansaba buena parte de la autoridad periodística. Siento decirlo, pero el testimonio de un periodista en un juicio no vale apenas nada frente a una fotografía o un vídeo, y lo mismo está pasando frente al juicio de la sociedad.

La experiencia directa, o semidirecta, tecnológicamente asistida, ha ganado terreno frente al relato delegado. Y eso altera el estatuto de la verdad pública. Durante siglos, el ser humano fue sustituyendo cuerpo por lenguaje, tacto por abstracción, presencia por representación. Primero la palabra, luego la escritura, después la imprenta, más tarde la prensa, la radio, la televisión. Cada mediación amplió el mundo y, al mismo tiempo, lo filtró. Nos hizo más capaces y también más dependientes. La comunicación humana siempre ha sido grandeza y pérdida, ganando en alcance lo que sacrificaba en inmediatez. Por eso resulta tan extraño que alguien que trabaja precisamente en el ámbito de la comunicación la trate como si fuera una peste moral y no el tejido mismo de toda vida social.

4. Comunicación, propaganda y lucha por el sentido

Comunicar no es pervertir. Comunicar es hacer mundo con otros. Es convertir lo individual en experiencia compartida, lo privado en inteligible, lo disperso en vínculo. La Comunicación no es el lodo al que cae el Periodismo cuando se corrompe; es el abono del campo del que el Periodismo se nutre, respira, se organiza, toma recursos, hereda métodos y comparte límites. El Periodismo no está fuera de la Comunicación, ni por encima de ella, ni contra ella. Está dentro. Es una de sus provincias, quizá noble en algunos momentos, en retirada actualmente, pero provincia al fin.

Y aquí asoma otro exceso del texto: el intento de convertir “Comunicación” en sinónimo de propaganda, y de cargar esa equivalencia con el peso espectral de Goebbels. El problema, claro, es que esa genealogía se derrumba al primer roce con la historia. Goebbels no trabajó solo. La maquinaria propagandística nazi necesitó periodistas, cronistas, editores, redactores y articulistas. Por cierto, Goebbels no era fascista, era nacionalsocialista. Y si vamos a invocar al fascismo con cierta seriedad, convendría recordar que su fundador, Mussolini, fue periodista. No un comunicador abstracto ni una emanación vaporosa de la retórica pública, sino periodista profesional, director de periódicos, constructor de opinión desde la prensa afín al Partido Socialista Italiano hasta la de su propio partido. El fascismo no brotó de una supuesta “comunicación vacía”, sino también de la tinta, de la tribuna, del titular, del editorial, del oficio periodístico puesto al servicio de la fabricación de verdades políticas. El periodista puede limpiar cristales, pero también puede ennegrecerlos.

A mi juicio, el punto más débil del texto del profeta Elías es precisamente su moralismo profesional. Esa insistencia en presentar al periodista como un sujeto naturalmente inclinado al bien, a la verdad y a la democracia, por oposición a otros comunicadores corrompidos por intereses espurios. Es una fábula gremial. Reconforta a quien la pronuncia y se la cree, mera ilusión. Los periodistas no son mejores por definición, ni más veraces por esencia, ni más inunes a la manipulación por deformación profesional. Son comunicadores especializados en



ciertas prácticas de verificación, narración e intermediación. A veces lo hacen admirablemente. A veces lo hacen de forma lamentable. Como todo oficio humano, están atravesados por la grandeza y por la miseria.

Por eso me parece más honesto invertir la consigna. Periodismo no es Comunicación, es mucho más, dice el catedrático Jean Monnet. Yo diría: Periodismo no es Comunicación, es mucho menos. No porque valga menos, sino porque abarca menos. Porque la Comunicación es el territorio amplio, más complejo y más fértil. Porque permite pensar no solo la noticia, sino también la imagen, el sonido, la ficción, la persuasión, la recepción, la experiencia, la tecnología, la circulación del sentido. Porque da cabida a la duda allí donde el gremialismo quiere certeza. Y porque una democracia sana no necesita guardianes de una verdad sagrada, sino ciudadanos capaces de participar en la producción, contraste y disputa del sentido público. Y, como en cualquier campo científico, el estado latente debe ser el escepticismo.

Lo que algunos viven como una catástrofe acaso no sea más que una descentralización. El periodista ya no reina solo en la plaza. Tiene que convivir con cámaras ajenas, voces inesperadas, testigos incómodos, archivos compartidos, lecturas múltiples y públicos menos obedientes. Bienvenido sea. La democracia no se debilita porque el relato se pluralice; se debilita cuando una sola corporación pretende conservar en exclusiva el derecho a nombrar la realidad. La Comunicación no destruye la democracia. La ensancha, la complica, la descentra, la hace menos clerical. Y eso, aunque hiera a ciertos orgullos profesionales, es una magnífica noticia.

5. Comunicación Audiovisual y la autocrítica necesaria

La configuración de las nuevas titulaciones universitarias en el siglo XX responde, por lo general, a dos grandes lógicas. La primera es el crecimiento epistémico de una subárea que, por volumen, complejidad y autonomía, termina emancipándose de su matriz original: así ocurrió, por ejemplo, con la informática, que dejó de ser una rama subordinada de la electrónica para adquirir entidad propia. La segunda responde al surgimiento o consolidación de profesiones de carácter intelectual, que diría Ortega, que exigen una formación especializada y un repertorio elevado de saberes para su ejercicio. Periodismo, Publicidad o Relaciones Públicas pertenecen a esta segunda familia.

Comunicación Audiovisual, en cambio, ocupa una posición distinta. No nace solo como formación para una profesión específica, sino como un espacio de estudio del fenómeno comunicativo en una de sus expresiones más complejas, más transversales y, me atrevería a decir, también más actuales. Porque si algo pone hoy de manifiesto la realidad contemporánea es que la comunicación ya no puede pensarse únicamente desde la palabra impresa ni desde la vieja autoridad del texto, sino desde la convergencia de imagen, sonido, narración, experiencia y tecnología. Y, en ese sentido, Comunicación Audiovisual ha demostrado ser, con todas sus limitaciones, uno de los lugares más solventes para comprender la mutación del ecosistema comunicativo contemporáneo.

Carlos Elías, del mismo modo que reduce el Periodismo a sus límites más honorables, los del Periodismo Político idealizado, simplifica y reduce también los estudios de Comunicación hasta hacerlos equivaler, casi mecánicamente, a cine y ficción. Comunicación Audiovisual no estudia sólo la ficción, sino que igualmente estudia la realidad, sus modos de registro, sus dispositivos de representación, sus regímenes de visibilidad y sus formas de circulación pública. El adjetivo “audiovisual”, lejos de empobrecer la idea de Comunicación, la actualiza: recuerda que el conocimiento y la experiencia pública del mundo son hoy radicalmente multisensoriales.

De hecho, la propia realidad profesional desmiente esa caricatura. Periódicos, televisiones y plataformas digitales contratan cada vez más a egresados en Comunicación Audiovisual para tareas que, en la práctica, son inequívocamente periodísticas: redacción de piezas, edición de



vídeo, cobertura de actualidad, documentación visual, producción informativa. La excepción, curiosamente, parece seguir siendo RTVE, donde aún sobrevive una cierta restricción burocrática y corporativa a favor del título de Periodismo, a veces complementada por otros filtros menos académicos y más domésticamente políticos.

Y aquí conviene hacer algo que el ayatolá del Periodismo Científico elude en su texto; auto-crítica. Comunicación Audiovisual tiene límites evidentes, y sería un error disimularlos bajo un entusiasmo defensivo. Los tiene en el estatismo de muchos planes de estudio, en la sobre-dimensión de algunas asignaturas volcadas hacia la ficción, en la desconexión entre ciertas materias y la realidad efectiva de algunas salidas profesionales, especialmente en ámbitos como el cine, donde con frecuencia se enseña más una mitología laboral hollywoodiense que un horizonte profesional realista. Los tiene también en su deendencia técnica, pues es de las titulaciones que necesitan más equipamiento, técnicos de apoyo, constante renovación material y actualización docente para no quedarse obsoleta en pocos años.

A ello se suma una dificultad estructural no menor. La modernización de la enseñanza audiovisual depende de presupuestos universitarios a menudo insuficientes, de plantillas técnicas mal dimensionadas y de profesores instalados en vetustos temarios que continúan enseñando herramientas, lenguajes o rutinas que el mundo profesional ya ha dejado atrás. Basta mirar alrededor para advertir el desfase. En muchos grados de Comunicación Audiovisual estamos lejos de tecnologías que ya forman parte de los flujos normales de producción: pantallas LED, entornos XR, grabación avanzada con drones, vídeo e imagen tridimensional, audio volumétrico, imagen 360, automatización con inteligencia artificial o nuevos programas de postproducción y generación visual asistida. Incluso algo tan básico como la producción colaborativa en la nube o los flujos IP debería formar parte estructural de varias asignaturas de producción, no como excentricidad futurista, sino como estándar del presente. El sector audiovisual ya trabaja así. La universidad, en la mayor parte de los casos, todavía no.

El principal reto de los estudios de Comunicación Audiovisual es sustituir tecnologías y enfoques obsoletos por innovaciones que ya se han asentado en el panorama profesional. Los estudios de Audiovisual arrastran varios años de retraso respecto al mundo al que supuestamente preparan. Tampoco es consuelo que los estudios de Periodismo acumulen, en no pocos casos, un retraso de décadas.

En el fondo, la tragedia del Periodismo no es que la Comunicación lo haya degradado, sino que, al verse menos coronado que antes, haya decidido disfrazar su mengua en martirio. El periodista no ha dejado de ser necesario; ha dejado de ser único, cosa muy distinta. De esa pérdida de monopolio nace la nostalgia de algunos, la retórica de pureza y el empeño en presentarse como último intermediario entre el pueblo y la verdad (profetismo), como si la verdad, que casi siempre se presenta de la forma más humilde, necesitara ujieres con carné profesional. Pero la propia universidad desmiente esa ficción de fronteras sagradas. Profesores del resto de áreas de la Comunicación publican sobre Periodismo con toda naturalidad, del mismo modo que profesores de Periodismo investigan desde hace años sobre televisión, ficción, entretenimiento o cultura audiovisual, a menudo con resultados sobresalientes. Cuando el Periodismo quiere actualizarse se encuentra que las parcelas naturales de crecimiento están ocupadas por otras disciplinas, como la Comunicación Audiovisual. No debería ser un problema traspasar esas invisibles fronteras si es necesario. La ciencia no suele respetar las aduanas que inventan gremios inseguros. Por eso el problema no es que la Comunicación invada al Periodismo, sino que, dentro del área de Periodismo, hay algunos que se resistan a reconocerse como lo que siempre fueron: una provincia valiosa, a veces ilustre, pero nunca soberana, dentro del territorio más ancho, más fértil y más verdadero de la Comunicación, al que todos están llamados a contribuir. La democracia no se debilita cuando se pluraliza el relato, sino cuando una sola corporación pretende reservarse el derecho exclusivo a nombrar la realidad.

